EL SEMANARIO DE SANTIAGO.

Se publica el juéves de cada semana.
Se halla de venta en la esquina de D. Antonio Ramos, plaza de la Independencia; en la de D. Martin Saldías contigua á esta imprenta, y en la librería de D. Santos Tornero en el puerto de Valparaiso.

Se reciben suscripciones en la Agencia de D. Dionisio Fernandez en Santiago, y en la librería de Tornero en Valparaiso. Cada suscripcion consta de ocho números, puestos en casa de los suscriptores, é importa diez reales que se pagarán adelantados.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

Núm. 29.

Enero 19 de 1843.

2 reales.

SUMARIO.

Monarquía en América—Fallidos—Sociedad de industria y poblacion—Instituto Nacional—Poesía. Cancion—Un chasco—Teatro—Corresponcencia. Mis recuerdos—Seminario conciliar

Monarquía en América.

Alguna sensacion ha causado la noticia venida en el último vapor sobre cierta legacion Mexicana que se ha despachado á las repúblicas de Sur-América para invitarlas á que adopten la forma de gobierno monárquico; legacion que, segun se dice, se dirige ya á Santa-Fé de Bogotá por donde debe comenzar su *mision*. No nos sentimos inclinados á dar asenso á esta especie, no solo por que aparece destituida de toda autenticidad, sino porque es en sí misma improbable y absurda. ¡El gobierno de Méjico promoviendo la monarquía en Sur-América! ¿Qué interes puede moverle? ¿Qué resultados llegará á obtener ocurriendo á arbitrios tan estraños? Enviar misiones diplomáticas para mudar la forma de gobierno en una familia de repúblicas, es á la verdad un proceder bien singular y desusado. No: la noticia aquella es una quimera; lo debemos creer así por honor del gobierno á quien se atribuye, ocurrencia tan peregrina, por el honor mismo de la América á quien es en gran manera agravante.

Lo que parece, mas verosímil es la solicitud del vecindario de Arequipa para que se convierta en monarquía la espirante república Peruana. Tan aquejado se halla aquel desgraciado pais por los trastornos políticos que sin cesar se sufren, tan enfadado le suponemos de la farza republicana que se ha representado en él, que no creemos difícil hayan perdido á sus ojos todo su prestigio esas formas de libertad que la América aclamó con entusiasmo en la época de sus dorados sueños. Los pueblos como los individuos tienen sus dias de mal humor, sus raptos de desesperacion en que rompen su vestido y despedazan su propia carne. ¡Malditos de aquellos que los ponen en tal extremo! ¿Qué habia de resultar de los escandalosos pronunciamientos que se han sucedido en el Perú cual escenas de un largo drama? Cada uno de los pronunciamientos invocaba la carta fundamental jurando

hacerla norma de sus procedimientos, y sin embargo todos ellos la han temerariamente conculcado; todos apellidaban su causa la causa de la libertad y de las garantías, y asentaban su poder sobre los pueblos comprimidos por las bayonetas y esquilados por el robo y las contribuciones; todos proclamaban al pueblo y se decian defensores de los intereses comunes, y no buscaban mas que el vil provecho que dejan en el bolsillo las requisiciones militares. ¡Desgraciado Perú! Los soldados á quines confiara la guardia de sus derechos y la conservacion de las leyes y del órden público, se han reido en su cara de las confianza que les hizo, lo han mofado como á un necio, lo han hecho degradar en la opinion del mundo, y convirtiéndolo en objeto de vergüenza para el continente. ¿Que estraño será pues que maldiga de su suerte, que se despoje de los arreos con que en otro tiempo se vistió y diga—pues bien, si la carta constitucional, si las garantías, si el bien comun, han de ser pretestos de que os valgais para sacudirme, para vilipendiarme, no haya constitucion, ni garantías, ni bien público: gobierne uno y defienda él su patrimonio sin que el nombre de la patria escude inicuas aspiraciones,

Como Americanos, como hombres interesados en el bienestar de la especie, nos condolemos en el corazon de la situacion de aquel pais destinado por la providencia á tan distinta suerte. Cuando pensamos en su actual postracion y abatimiento, nos preguntamos ¿cual será el remedio que se ponga á tan larga dolencia? La respuesta, por supuesto, no se ofrece mui facilmente. Los vecinos de Arequipa han creido encontrarlo en la adopcion del gobierno monárquico: este es un error, error que procede de la importancia que los políticos teóricos de la América han atribuido á las formas de gobernacion. ¿Que seria un monarca en el Perú? Un hombre que tiene el derecho de mandar; pero ese mismo derecho lo han tenido tambien los Presidentes lejitimos y no les ha bastado: han expedido órdenes supremas, pero el jefe de las armas les ha dicho—no quiero obedecerlas. No es suficiente el *derecho*, es preciso acompañarlo de medios eficaces para hacerlo respetar. Sin ellos toda autoridad es débil, todo gobierno ilusorio; la anarquía levantará por todas partes sus cien cabezas. El lejislador puede trazar allá en sus lucubraciones mentales el diseño de un hermoso sistema; pero

aplíquese esta concepcion brillante á la vida real del pueblo, y la ilusion desaparecerá talvez al primer ensayo. Hai en las sociedades humanas un poder superior al de las disposiciones escritas: *el poder fisico*; ese es el que se ha desatado en el Perú y el que debe ser reprimido no con vanas reformas en las instituciones, no con leyes impotentes, sino con el poder mismo hábilmente combinado y dirigido. Es verdad que la unidad de accion que es inherente á la monarquía, reuniendo mayor suma de autoridad en las manos del monarca, contribuye á cimentar el orden; pero tambien es cierto que cuando esa autoridad no está robustecida con medios efectivos para hacerse respetar, llega á ser un vano simulacro. Los emperadores de Roma eran monarcas absolutos y sin embargo estaba el imperio á merced de la guardia pretoriana; Luis XVI en Francia con la suma del poder fué arrebatado por el torrente de la revolucion y llegó á morir en el patíbulo. ¿A qué buscar ejemplos? ¿Acaso la historia habla de otra cosa que de reyes absolutos destronados, de reinos sumidos en confusion y en desgracias? La ambicion no hace mas que elejir distintas armas, adoptar diferentes caminos para asaltar al puesto supremo. Sé engañan mucho los que hacen consistir la estabilidad de los gobiernos en las formas monárquicas; las formas favorecen pero no constituyen la fuerza del que manda; son auxiliares, pero no el fundamento. El orden social consiste en el equilibrio del poder fisico que reside en las masas y en los ejércitos: cuando unos y otros estan bien morigerados y escuchan la razon y el deber, hai orden; cuando las masas descontentas de su situacion se ajitan y conmueven, cuando los ejércitos carecen de disciplina y de moral, la autoridad legal por sí sola es un fantasma que á nadie impone respeto. Llámese, pues, Rei ó Presidente el que gobierne al Perú, pero tenga confiadas las tropas á militares desleales y ambiciosos, sea el pueblo una manada de ganado rendida á la discrecion del mas fuerte, y los motines se multiplicarán á despecho de los títulos y de las instituciones.

Los vecinos de Arequipa conseguirán bien poco con la solicitud que piensan entablar. Si en vez de alterar la forma de gobierno se propusiesen mejorar la condicion de sus paisanos haciéndoles adquirir las calidades que constituyen á un hombre del siglo y de la libertad, irian por mejor camino. Educado el Perú bajo la tutela de mandatarios extranjeros, mamando desde las edades mas remotas ideas de subordinacion y dependencia, encorbado bajo una autoridad que ostentaba el fausto de los Césares y se hacia dar honores semi-divinos, se ha resentido mas que ningun otro pais de la América del influjo colonial; ha perdido el noble brio que dá la independenciam. La revolucion pudo haber despertado este sentimiento para que se rebusteciese con los años: mas la revolucion enjendró pretensiones en los caudillos, los ciudadanos fueron vejados de nuevo y estas vejaciones han acabado de extinguir su valor moral.

Solo dos remedios se presentan á nuestro ver para alzar al Perú de su actual postracion: el uno fatal á los intereses del continente, remedio ominoso que nos envolvería en mil desgracias—la coronacion de un príncipe extranjero que cuente con el apoyo de fuerte lejonas y con el prestigio de un nombre ilustre; el segundo por el cual nos deci-

dimos—la aparicion de un hombre de jenio que se granjee el voto de la mayoria, que triunfe de miserables mandarines y reprima con brazo fuerte el insolente descaro del soldado. *El hombre* mas bien que el *título*; el poder efectivo que da el jenio y el corazon, mas bien que la autoridad inerte de la lei con la que se han jugado hasta ahora como con un vil instrumento de diversion los gobernantes del Perú. Así se reprimiria el abuso de la fuerza armada. Pero cómo reprimir despues el abuso de la fuerza triunfante? Aquí tenemos que ocurrir al poder de la opinion y de las masas: mas ah! que esta es la obra del patriotismo y de la civilizacion que se elabora en el curso de los siglos.

Dichosos nosotros que vamos en camino de salvacion. Pasado el escollo en que tantas repúblicas hermanas han fracasado, la dominacion militar, hemos relegado el ejército á la guarnicion de las fronteras; ¡allá le alcancen nuestras bendiciones!; las masas no levantan sus brazos de gigante, el Gobierno escucha la opinion, y esta opinion, cada vez mas poderosa, eleva su trono en medio de nosotros y marca el rumbo que debe seguir la República en su marcha de adelantamiento.

Fallidos.

Nada mas frecuente que lamentar la imperfeccion y vacíos de nuestra legislacion comercial queriendo encontrar en las mismas leyes los jérmes de los abusos de confianza, de la ineficacia en la represion de ciertos delitos, y de la inseguridad en las negociaciones, que trae consigo el desarrollo de las causas á que se atribuyen las quiebras, tan repetidas en el dia. Sin abogar por la subsistencia de disposiciones consultadas para una época en que las especulaciones mercantiles no salian de un círculo estrecho, ni ménos desconocer la necesidad de reformar cuanto ántes la ordenanza vijente, creemos que existen otras causas, otros males de diverso orijen. Obsérvense á la letra todas las solemnidades establecidas para el exacto cumplimiento de las obligaciones que nacen de los contratos: no se relajen las trabas cuyo objeto es contener el fraude y la mala fé: que la inobservancia no sirva de medio de defensa, como se vé frecuentemente, y entónces será mas fácil la represion de delitos de grande trascendencia.

¿A qué atribuir las quiebras tan frecuentes sin que transcurra un solo mes en que, al ménos en la capital, no dé punto algun comerciante á sus negocios? ¿Nos encontramos acaso en esas crisis tan comunes en Europa, ó ha echado raices entre nosotros el jenio atrevido y emprendedor que concibe planes gigantescos, y los ejecuta superando obstáculos al parecer invencibles? Léjos de eso, pudiera decirse que está en embrion el espíritu comercial. Mas bien se resiente nuestro carácter de la timidez propia de la infancia, timidez que hasta cierto punto es una garantía del buen resultado en las negociaciones, cuando la falta de grandes capitales que vivifiquen la industria agrícola y comercial, aconseja la economía en negocios arriesgados, desnudos de probabilidades de un éxito favorable. Si no admite duda la existencia de un hecho que vemos reproducirse de dia en dia, preciso es buscarle su verdadero orijen, que feliz-

mente ya es harto conocido por mas que algunos se empeñen en oscurecerlo, sea culpando la falta de espendio en el mercado, sea paliándolo con otros motivos mas ó ménos plausibles.

No creemos equivocarnos señalando como causas primordiales dos cosas que parecen sustentar el fraude y el delito alentando á sus perpetradores: 1.º la confianza casi segura de la impunidad que les brinda el desuso en que han caido ciertos artículos de la ordenanza relativos á la contabilidad privada: 2.º la conmiseracion mal entendida, ese sentimiento ciego de compasion que disimula procedimientos criminales, cuando el juez no debiera tolerarlo, ejerciendo de oficio la jurisdiccion directa que la lei le atribuye. Desde el momento en que se confunde el interes civil con el interes de la sociedad en la represion y castigo de los delitos, se minan los cimientos en que descansan las bases fundamentales de la propiedad, y la consecuencia precisa é inmediata no puede ser otra que el completo desplome del edificio construido sobre ellas. Transijan si quieren los particulares en materias de intereses, renuncien una parte ó el todo de sus derechos; pero sin detener el curso de la accion pública, que tanto á ellos como al magistrado toca promover siempre que lo exija el interes de la comunidad.

Los comerciantes honrados y laboriosos, acreedores á una proteccion especial, se ven envueltos á cada rato en las pérdidas de otros cuya falta de tino, si no está aunada con la mala fé, les arrastra de atraso en atraso, hasta comprometer á personas inocentes. No es posible haya sido una misma la conducta de todos los fallidos, la misma la pureza en el manejo de los negocios, y la misma en fin la proteccion que debe dispensárseles para salvarles del infortunio. Y apesar de que todas las probabilidades conspiran á persuadirnos la diversidad de circunstancias, diferencia de caracteres &c. no es fácil encontrar un fallido declarado fraudulento. Si no tienen lugar concesiones jenerosas de los acreedores, raras veces se le acusa compeliéndole á justificar de un modo inequívoco el motivo de la falencia. Corren igual suerte el comerciante honrado, víctima de desgracias imprevistas, á quien es mui justo tender una mano protectora, y él que por su malversacion ó malicia ha defraudado los intereses ajenos, mintiendo prosperidad para inspirar confianza. Llega el momento de perder toda esperanza engañadora, suspende sus negocios y se retira tranquilo á su casa, seguro de que ningun acreedor le tomará una cuenta rigurosa de sus procedimientos, culpando á las leyes en vez de culparse á sí mismos. ¿Pues qué, esas leyes, incompletas si se quiere, no franquean recurso alguno para castigar á los fallidos fraudulentos? ¿Mui difícil es la prueba en esta clase de delitos, cuando las presunciones que estatuye la ordenanza bastarán las mas veces para condenar al deudor? Otro es el oríjen del mal. Son las costumbres viciosas tan arraigadas entre nosotros; esa clemencia para con el delincuente á quien nunca faltan padrinos, como si fuera una virtud servir de hincapié á la impunidad. La hemos heredado de los españoles, que en todo lo que no fuera el castigo de lo que el fanatismo relijioso llamaba delitos contra Dios, bien pudiera el criminal aguardar el perdon hasta el momento de entregar el cuello al verdugo.

El órden de procedimientos que se observa en los concursos, sea que el deudor espontaneamente haga cesion de bienes, sea que se vea compelido por algun acreedor, nos revela la inobservancia de disposiciones vijentes, que á respetarlas á la letra, el mal podria curarse en gran parte. Tanto la ordenanza de comercio como la lei de procedimientos ejecutivos, imponen al deudor la obligacion espresa de acompañar á las dos listas del número de acreedores y de las especies cedidas, una razon ó memoria en que se puntualizen los motivos que justifiquen la quiebra. Para cumplir con esta disposicion legal se ha encontrado el arbitrio de hacerla ilusoria, indicando apenas la causa de la quiebra, valiéndose los fallidos de una formula usual sobre el *mal estado de la plaza, la escasez de ventas, el atraso en los pagos &c.* No debe el juez esperar que los acreedores exijan la memoria de que habla la lei, decretando la prision del deudor, cuando esa memoria no se ha presentado, ó si apareciere que el motivo de la quiebra no es justo ni verdadero. En el próximo número indicaremos el partido, que á nuestro juicio, deberia adoptarse.

Sociedad de industria y poblacion.

Conclusion.

Por fortuna la perdurable discusion sobre la Sociedad de industria parece de todo punto terminada. El *Progreso* en su núm. 57 nos ha hecho saber que tan léjos de oponerse á la inmigracion extranjera en jeneral, quiere que se mezcle con nosotros y se esparza por todo el territorio. El *Semanario* no habia pretendido otra cosa sino que la habilitacion de los baldíos se hiciese simultaneamente por naturales y extranjeros, de manera que hai una absoluta conformidad entre ámbos periódicos en la cuestion cardinal, y la pretendida oposicion de ideas no era mas que pura apariencia. ¡Triste resultado por cierto despues de tanto escribir! Mas valiera que nos hubieramos entendido desde luego para no dar al público este chasco. Pero ya que así ha sucedido es por demas insistir todavia en el asunto. Lo damos por concluido.

Debemos sin embargo una explicacion. El *Progreso* nos acusa de haber truncado sus discursos y héchole decir especies que no han salido de su pluma para tener ocasion de convatirlo. Este es un crimen literario que está mui léjos de nosotros, una imputacion que repulsamos con toda la energia de nuestra alma, que resistimos con toda la fuerza de que somos capaces. A fé nuestra que el resumen que hicimos en el núm. anterior de los artículos del *Progreso*, fué un trabajo de conciencia en que nos propusimos esponer fielmente la opinion emitida por aquel periódico sin desfigurarla ni torcerla. Léanse desde el principio al fin aquellos artículos y se verá que se contraen á la emigracion en jeneral, cuyos vicios intrínsecos pondera, cuya oposicion á los hábitos y preocupaciones americanas pinta con vivos colores. Si el redactor quiso restringir sus observaciones á la emigracion compacta establecida en alguna provincia, debió espresarlo así para ser entendido, y no di-

fundirse en estrañas y vagas digresiones; debió sacar algun corolario, algun resultado que pusiese en un punto de vista claro y perpicuo su modo de pensar. Pero cuando nada de esto ha hecho, nosotros debimos estar á lo que resulta del cuerpo, de la sustancia misma de sus escritos, aun cuando encontrásemos de cuando en cuando alguna cláusula que no guardase tan exarta armonia con el resto del discurso.

El Semanario habia sacado sus conclusiones. "Conviene, habia dicho, á los intereses materiales de Chile y á sus altos intereses políticos la pronta ocupacion de los baldíos: empero, la parte habitada de la República no tiene capitales sobrantes que destinar á aquella empresa, no tiene industria capaz de vivificarla: llámese pues en su auxilio los capitales é industria extranjera: promuévase la inmigracion á Chile de una potencia *no marítima* y establézcasele en una parte de las tierras vacantes, reservándose el resto para los chilenos de poca fortuna que quieran establecerse allí. La Sociedad de industria debe erijir con sus fondos un banco de habilitacion para estos últimos, y venderles las tierras á pagarse con los productos que recojan en un número determinado de años." Si el *Progreso* era de opinion que se mezclasen estranjeros con los naturales del país ¿qué encontró de malo en las opiniones del Semanario? A qué su larga impugnacion? Por qué anunciar tantas veces esas *conclusiones opuestas al Semanario*, que al fin y al cabo nadie ha visto en sus artículos? Mejor hubiera sido, que se hubiese contraído á esponer "el medio de arreglar la emigracion europea, de manera que deposite en nuestro seno los jérmenos que han de completar la trasformacion á que aspiramos" Estando ámbos periódicos conformes en el fondo, esta era la única cuestion que habia que ventilar. El *Progreso* sin embargo no he dicho sobre ella una sola palabra.

Cerramos, pues, la discusion con el sentimiento de no haber puesto en claro muchos puntos de segundo orden que convenia ventilar; se ha hablado demasiado sin provecho para continuar abusando de la paciencia del público. Pero tenemos entremanos un trabajo sobre el mismo asunto en que procuraremos manifestar nuestras ideas, y que talvez alcanzará á ver la luz de la prensa. Por lo que respecta á las cuestiones promovidas por el *Progreso* sobre la condicion actual de nuestra Sociedad, creemos que tienen su lugar propio en otros artículos. La Sociedad de industria y poblacion no es para nosotros una Enciclopedia: las trataremos, pero no con la profundidad de miras que no hai derecho de esperar de nosotros, sino con la buena fé y el acierto de que seamos capaces. Entónces procuraremos encontrar el hilo que nos saque del laberinto *de los hechos y de los antecedentes* y que no fué posible señalar en el artículo anterior: era un solo artículo!!

Instituto Nacional.

Daremos cuenta al público del resultado de los exámenes del Instituto? Estraño parecerá que hagamos tal pregunta, porque muchos son los que tienen sus hijos ó parientes en el Instituto y quizás no habrá uno solo de los que lean este pe-

riódico á quien no deba suponerse interesado en el aprovechamiento de los jóvenes que en aquel establecimiento se educan. Sin embargo, en mas de un mes que han durado los exámenes, no han pasado de doce las personas de fuera del Instituto que han concurrido, sin que se descubra un motivo racional que justifique semejante indiferencia. Y los que no han querido cerciorarse por sí mismos de los adelantamientos de los estudiantes ¿querrán oírlos de nuestra boca? Dar cuenta de los exámenes ¿no seria escribir uno de aquellos artículos que llenan las columnas de un periódico y que nada interesan á los lectores?

Poesia.

CANCION.

Amar sin esperanza
De ser correspondido,
Cuando talvez se ha sido
Objeto de un amor;
Y del amor que un dia
Para mas desventuras
Nos prometió venturas
Que nunca realizó:

Es como darle á un ciego
La vista que apetece,
Y cuando el alma acrece,
La dicha de mirar,
Cegarle de improviso
Con una venda densa,
Sumirlo en una inmensa,
Eterna oscuridad.

Es como darle al hombre
Que tan sediento implora
El agua por quien llora
Y que feliz le hará,
Y luego que á los labios
Se permitió llegarla,
A sus pies derramarla
Para mayor crueldad.

Así tu fuiste ingrata
Para conmigo un dia
Llenaste de alegria
Mi contristado ser.
Y la sed amorosa
Que apagar prometiste
Solo aumentar la hiciste
Con tu promesa infiel.

El vaso prometido
Que para mí llenaste,
Fué el vaso que brindaste
A mi traidor rival.
Y lo brindaste lleno
De nectar y ambrosia
Y él te lo vuelve hoi dia
Con veneno mortal.

Tal pago era debido
A quien de engañar vive
Ahora, pues, recibe,
El mismo tú á la vez.

Y piensa que en el mundo
El engaño no medra
Si abrazas cual la yedra
Para matar despues.
¡Pero no—me arrepiento!
No quiero desearte
Males que pueden darte
Males que paso yo.
No he sido vengativo
Ni hiero á quien me hiere.
¡Tanto mi pecho quiere
Tan férvido es mi amor!

Jotabeche.

Nuestro amigo y colaborador *Jotabeche* nos ha enviado una carta contestacion á la que le dirigió el Progreso bajo la firma de Zamora de Adalid. Para responder al llamado de olvido que han hecho por la prensa algunos emigrados argentinos, hemos sacrificado á su desgracia el justo resentimiento de nuestro amigo, persuadidos que aprobará nuestra conducta, y seguros, como lo estamos, de que en nada han podido mancillar ni su honor ni su reputacion los soeces improprios del solapado Zamora.

Un chasco.

I.

—Le asesinaron en la misma esquina de la casa en que está V. alojado.

—Pero.....¿cómo?

—Del cómo solo se sabe que á puñaladas, porque bien se vieron ellas al examinar su cadáver. Tenia tres heridas mortales: la mas espantosa era en la espalda.

—¡Que bárbaros!

—Recuerdo bien, dijo un tercero, que el dia que amaneció asesinado el pobrecito, me hicieron madrugar las mujeres de casa para que saliese á traerles permenores de aquel triste suceso. Al parecer le corrieron mas de una cuadra, pues algunos vecinos declararon haber oido gritos y tropel á media noche, hora en que el finado se retiró de la tertulia ganando algunos pesos. El infeliz fué completamente desnudado despues de muerto; pero ni rastro dejaron sus asesinos.

—¡Cosa horrible! Felizmente han pasado esos tiempos en que mataban hombres por aquí, tan lisa y llanamente como en mi pais se pide una limosna. Aunque recién llegado, pienso conocer bastante este pueblo para creer que semejantes delitos ya no se cometen.

—¿V lo cree? A fe mia que se equivoca. Ahí está el señor que le contará lo que le sucedió no ha muchas noches.

—¿Cómo! ¿Quisieron asesinarle á V. tambien?

—No juraré que sí, ya que gracias á mis piernas, no me vi tan cerca de ellos que pudiese vencerme de sus intenciones. Pero tres hombres embozados intentaron, hace hoi quince noches, detenerme en la calle. Al ver que se dirigian hácia mí, tratando de rodearme, di media vuelta y volé hasta entrar en la plaza pidiendo á gritos auxilio al

cuerpo de guardia. Los disfrazados me persiguieron á carrera por mas de cuadra y media.

—Y ¿no pudo V. conocerlos?

—¿Qué conocerlos, hombre de Dios, si estaba la noche como ahora! ¿no se veian las manos!

—¿Caramba...! ¿ni tampoco llevaba V. armas!

—Ninguna otra que las que me pusieron en salvo.

—Pues yo ni con esas cuento por ahora. Mis pistolas se han quedado en mi alojamiento: puñal no lo uso nunca: baston con estoque no puede cargarse andando uno de viaje; y luego mis piernas, juro á VV. que me estorbarian en un caso semejante lo mismo que la artillería gruesa á una division que marcha en retirada.

—Antenoche, dijo el dueño de casa, me recojia yo á eso de la una, y en la esquina del estanco, dos mujeres muy tapadas y de estatura gigantesca empezaron á llamarme con esos silbidos que usan los muchachos para atraer los jilgueros á sus trampas. El cebo de una grata aventurilla casi me tentó á hacer un reconocimiento, pero el tamaño de aquellos bultos me hizo sospechar un *quid pro quo* respecto á su sexo. Eché á andar mas que de prisa; las traidoras sirenas venian tras de mí á tan desmesurados trancos, que tomé entónces un volapies hasta llegar á casa sin aliento. Ayer amaneció un forado casi concluido en la esquina donde las mujeres....

—Vamos, eran hombres disfrazados, interrumpió el forastero. ¡Este pueblo es una nidada de asesinos y de malhechores!

—Si le digo á V. que no es posible descuidarse, sobre todo en noches como esta. ¡Oiga V. como sopla el norte!

—¡Ciertamente! Mas debian empeñarse VV. porque se estableciesen serenos. En Santiago es quizá donde hai mas bribones; y sin embargo uno puede amanecerse recorriendo cualquier barrio de la ciudad, seguro de que el sereno de ese punto, y cuantos puedan oír un pito, se pondrán á su lado á la mas lijera aparicion de un peligro. Aquí, por lo que oigo, hai una inseguridad horrible, una policia abominable.

—Esa es una verdad como una torre. ¡Y luego, estas noches oscuras y tempestuosas favorecen tanto á los ladrones en su pesca! Se le dejan caer á V. de manera que la herida, el garrotazo ó la feroz puñada, son los primeros anuncios de encontrarse en medio de ellos.

II.

Conversando así, pasaban, algunos años ha, una noche de invierno cuatro amigos en un pueblecito del sur. Era el sitio de la tertulia el cuarto de uno de los interlocutores, soltero lo mismo que sus huéspedes, grandes aficionados todos ellos á lo que jenéricamente se llama "calaveradas". Y es fama que al rededor de una mesa habian hablado aquella noche, ántes de venir á parar á los sucesos ya referidos, de las buenas y malas reputaciones, de las niñas bonitas, de las viejas impertinentes, de los maridos celosos, de los maridos de otro temple, y de cuanto habia y no habia en la poblacioncita, cuyo nombre me permitirá el lector dejar en silencio. Entre los tertulianos se hallaba un jóven forastero recién llegado á la villa con el objeto de comprar en sus alrededores bueyes y carneros que, como es muy sabido, los produce el sur de la República en abundancia y de calidad inmejorable.

Los sucesos que acabamos de oír le habían sobresaltado en gran manera: la noche estaba tan negra y borrascosa como suele andar allí el humor de los gobernantes: no tenía consigo arma alguna, y debía caminar seis cuadras lóbregas y llenas de lodo para llegar á su casa. Estas consideraciones le pusieron taciturno y reflexivo, mientras los demás seguían contando varias otras historias muy poco á propósito para tranquilizarle. En aquellos momentos recordó, mas vivamente que nunca, lo que desde su infancia había oído sobre los muchos malvados y bandidos del país que pisaba, del país de los *pela-caras*.

De buena gana quisiera quedarse á pasar allí la noche ó suplicar á alguno de los presentes que le acompañara; pero su vanidad no quiso arros-trar las zumbas y desechó ámbos partidos por mas espuestos. Su reloj señalaba las doce y media de la noche, hora en que ni calaveras andarian por las calles. Sin embargo, era preciso marcharse á pesar de sus vivos recelos y de encontrarse desarmado. ¡Terrible apuro! Levántase de su asiento sin haber tomado todavía ningún partido, y á este tiempo pregúntale el dueño de casa:

—¿Se va V?

—Me voi. ¿Tiene V. alguna arma que prestarme?

—Pues qué ¿estamos con miedo á las mujeres que me salieron antenoche?

—Yo no temo nada: con todo, una arma inspira cierta confianza que nunca estorba. Dicen que la prudencia es madre de la seguridad.

—Así debe de ser; pero siento que no haya ni un garrote que ofrecer á V. Las únicas armas que aquí se encuentran, son las piernas del señor, y ya ve V. que no es cosa muy sencilla cortar-selas. Vamos, no haya miedo; en cinco minutos se pone V. en puerto de salvamento.

Durante estas ligeras bromas, el forastero estuvo algo pensativo por algunos instantes, al cabo de los cuales, como si hubiera tomado una resolución repentina y valiente, dirigióse á la puerta dando y recibiendo la "buena noche".

III.

—Va muerto de miedo el *abajino*, dijo uno de los que quedaban luego que éste saliera, está bien preparado para recibir el chasco. No hai que perder un momento: vengan los ponchos, los bonetes y á lo dicho. Nos divertiremos mañana oyéndole contar la historia.

Y diciendo y haciendo se disfrazan, toman sus puñales y parten de carrera por una calle estraviada. No tardan en llegar á la esquina inmediata al alojamiento del camarada á quien iban á dar un susto tan tremendo. Repártense y se agazapan de manera que á una señal convenida puedan echarse sobre él, quitarle la capa, el reloj, el sombrero; intimarle silencio y escurrirse entre las tinieblas. Ya hacia mas de un cuarto de hora que esperaban en sus incómodos puestos, y no se oía en las calles otro ruido que el del viento. Nuevamente reunidos entonces, pensaron que el miedo habría hecho volar al *abajino*; y que viniéndose éste por un camino mas recto, estaria ya en su casa cuando ellos habían creído adelantársele. Sentían retirarse sin divertirse; pero á este tiempo escuchan pasos precipitados al principiarse la cuadra....

—¡El es....! á su puesto cada uno.

Y en efecto, era la pobre víctima que se adelantaba hácia ese punto marchando con celeridad, y reparando poco en los charcos de agua en que se metía por tal de no dejarse cojer desprevenido en alguna emboscada. Traía la capa doblada sobre el hombro izquierdo y el sombrero bien metido en la cabeza, pero de modo que quedaba enteramente descubierta su ancha frente. Al llegar al sitio fatal, la voz terrible de *¡alto ahí!* le zumbó como una bala en los oídos.....tres hombres se le vienen encima.....¡Atrás!.....dice el forastero, acompañando este grito con la mas enérgica de las interjecciones españolas, y cubriendo su espalda lo mejor posible, contra la muralla próxima. Los agresores le rodean, le acometen: uno de éstos estira ya el brazo en ademán de asirle por el cuello, cuando el acometido le descarga una pistola á quema-ropa, y le arroja de espaldas sobre uno de sus compañeros, que tambien rueda por el suelo; pero que muy pronto se levantó. El otro derribado no pudo conseguirlo.

IV.

Dos días despues el jóven forastero compareció reo ante el alcalde del lugar.

—Ante noche han muerto á un hombre de un balazo en la esquina de vuestra posada ¿Es cierto que vos le asesinasteis?

—Yo le maté, señor, pensando defenderme de un asesino.

—¿Creeis que tratase de ofenderos ó de haceros daño?

—Ahora no lo creo.

—¿Alegais algo en vuestra defensa?

—Sí señor. Hasta las doce y media de esa noche estuve de tertulia con el finado en su cuarto, y en compañía de los señores M.** y G.** A los tres oí contar varios sucesos recientes que me convencieron de que en este pueblo, á que no ha muchos dias he llegado, no se podía andar tarde de la noche, sin correr el peligro de topar con ladrones ó asesinos. No teniendo conmigo por entonces arma alguna, ni habiendo podido obtenerlas del finado ni de sus amigos, me despedí de ellos con la determinacion de pasar al cuarto del señor B**, recordarle y pedirle una pistola que por la mañana había visto sobre su mesa. El me la prestó, proseguí mi camino, y al llegar á casa me acometen tres hombres. La fuga era impracticable: solo esperé mi salvacion de hacer fuego sobre ellos y aprovechar su turbacion para entrar en casa. Todos los que en ella viven recordaron á mis gritos, todos vinieron conmigo al sitio donde acababa de ver caer un hombre. Solo entonces conocí que éste era el desgraciado amigo de cuya habitacion recién yo salía. Al instante, confiado en mi inocencia, me presenté preso en esta cárcel.....

—El jóven fué absuelto; pero nunca pudo recordar sin un profundo sentimiento este suceso fatal.

Jotabeche.

Teatro.

PRIMERA REPRESENTACION DE DIANA DE CHIVRI
A BENEFICIO DE LA SRA. MIRANDA.

Al aparecer en las columnas del Progreso de

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

hoi la análisis de aquel drama de Mr. Soulié, traducido por don Gaspar Fernando Coll, que nosotros teníamos también en la prensa de este número, hemos creído conveniente suprimir la nuestra, por no chasquear á nuestros lectores, dándoles otro artículo que no puede ofrecer mayor interés ni novedad en el juicio crítico de un drama, que, aunque de bastante mérito, no tiene complicación alguna que excite la discusión. Por lo demás, acompañamos al Progreso á celebrar la acertada elección de la beneficiada, recomendando á los demás actores su mayor conato en lo sucesivo para dar al público en sus beneficios piezas tales como Diana de Chivri, que quisiéramos se repitiese para principios del año cómico venidero.

No dejaremos tampoco de acompañar al Progreso en el encomiástico tributo tan debido á la señora Miranda en el admirable desempeño de Diana de Chivri, en que hemos visto a una verdadera ciega con todas las actitudes, el andar y ademanes que produce aquella falta orgánica en los desgraciados seres que la llevan y con aquella sensibilidad y unción de afectos, que, sin ser de una ciega, son siempre del distinguido talento de la señora Miranda para cuantos caracteres representa.

CORRESPONDENCIA.

Mis recuerdos.

.....

*No esperes calma en el amor viviendo,
 Que es buscar en las llamas refrigerio.*
 W.

Léjos del falso mundo, en el retiro
 De un lugar silencioso, en donde mi alma
 Adormida parece en negra calma
 Cual sombra esquiva en su final mansion:
 Donde el eco tan solo de un suspiro
 No alegre llega á herir mi oído atento,
 En cambio de los muchos que en el viento
 Pierde en vano talvez el corazón;

Donde el recuerdo de fugaces glorias
 Cruel atormenta mi confusa mente,
 Y la copa se niega al labio ardiente
 Que en otros tiempos le brindó el placer;
 Do no alcanzo ni en sombras ilusorias
 Envuelto á ver un porvenir risueño,
 Que sirviendo de mágico beleño
 Aduerma grato el vivo padecer;

Donde por fin mis lánguidas miradas,
 Sin hallar un instante de reposo,
 Inciertas vagan por un claustro umbroso
 Y aguzan las espigas del dolor;
 Pues al fijarse acaso apasionadas,
 Léjos de ser en su amoroso objeto,
 ¡Tan solo ven un lívido esqueleto
 Enjendro de la noche y el pavor!

.....

 ¿Quién pensar que voraz con furia impía
 Una llama en mi pecho se alimente?
 ¿Que en congojoso anhelo en él se siente

Presuroso latir el corazón?
 ¿Que rebulle vivaz mi fantasía
 Al pronunciar de una mujer el nombre?
 ¿De una mujer!... ¿De un ente que del hombre,
 No es mas que una burlesca imitación!

.....

 Mas ¿cómo en calma estar un solo instante
 Al renovar la imagen de *Clorinda*?
 ¿Al recordar las gracias con que brinda
 El dulce hechizo que en ensueños ví?.....
 Yo ví á *Clorinda* oculta en velo ondeante
 Del zéfiro festivo al leve impulso;
 La ví, y entonce el corazón convulso
 Perdió su calma y la razón perdí.

La ví moverse, y á su esquivo talle
 Cubria avaro un cándido ropaje;
 Era la Luna envuelta entre el celaje
 Que una noche serena ve brillar;
 Era tierna azucena que en el valle
 Las auras leves mecen con halago;
 Era el *Cisne* pomposo que en el lago
 Las linfas puras se le ve surcar.

Yo ví su cabellera en hebras de oro
 Suave halagar su palpitante seno;
 Y en su rostro simpático sereno
 La imagen ví del virjinal candor:
 Víla dulce sonreír y el negro lloro
 Abandonó mi espíritu doliente,
 Como al sonreír la aurora en el oriente
 Las sombras huyen, cálmase el dolor.

¿Yo oí su voz! mas blanda y melodiosa
 Que los variados y canoros trinos
 Cuando al lucir los rayos matutinos,
 Modula tierno el bullidor *Chercan*:
 ¿Yo oí su voz! y mi alma temblorosa
 Quedó del eco á su divino acento,
 Cual la cuerda que trémula en el viento
 Responde de otra al sonoro afán,

Yo ví.....mas así que el amoroso fuego
 Avivo con estériles memorias;
 Un fuego en cuyas llamas ilusorias
 Ardió mi pecho y aun lo siento arder.
 Yo amé á *Clorinda* enfurecido y ciego,
 Yo ví en ella tan solo un anjel puro,
 ¿Pero mas tarde un corazón perjuro
 Desengañó mi error!.....*Era mujer!*

Mujer!...Mujer!...¿Por qué insidioso el cielo
 En sus obras mas bellas se presenta?
 Queda la mano entre el dolor sangrienta
 Al tomar una flor en el rosal;
 Cubre su faz con purpurino velo
 La vistosa *camelia* solitaria
 Empero oculta, pérfida, nefaria,
 La muerte se halla en su hálito letal.

Criaron los cielos la mujer, hermosa,
 De amor, de vida y de atractivos llena,
 ¿Mas cuántas veces de la amarga pena
 Nos hace el negro cáliz apurar!
 ¿Cuántos de una cadena ponderosa
 Sufren las ansias y á su peso jimen,

Sin otra causa, sí, sin otro crimen
Que ser sensibles al placer de amar!

Un corazon soberbio, vanidoso,
Irascible, falaz y vengativo;
Un corazon voltario, irreflexivo,
En que el capricho reina con furor;
No es otro que el que lejos del reposo
Al tierno amante ajita en el desvelo:
¡El corazon con que dotára el cielo
A la mujer hermosa!.....al dulce amor!

¡Y aun amo yo á Clorinda hasta el delirio!
¡Y acaso aun mas que bella indiferente,
El eco triste de mi amor doliente
Va talvez á su pecho á perecer!.....
Mas no, Clorinda!.....cese mi martirio;
Vea brillar la luz de tus pupilas,
Y mis últimas lágrimas tranquilas
Formen el iris de la paz al caer.

O.

SS. EE. DEL SEMANARIO.

En el número 27 de su inestimable periódico he visto un artículo bajo el epígrafe de "Exámenes públicos del Seminario Conciliar," en que despues de manifestar un vivo deseo por los progresos de la educacion eclesiástica, y aplaudir los exámenes de Derecho Romano concordado, Natural, Legislacion, y otros, se fijan VV. entre otras cosas, en la enseñanza de la Teolojia, que encuentran defectuosa. Yo, como profesor de esta ciencia en el Seminario, aunque sin merecer el titulo de docto con que VV. me honran, animado del mismo deseo que VV. he creido que debia hacer algunas observaciones, para que si las juzgan oportunas, les den lugar en sus mismas columnas.

Confiesan VV. que no "presenciaron" los exámenes de Teolojia, pero aseguran que en el programa han encontrado un catálogo de "prolijas y multiplicadas tesis," que á juicio de VV., hacen su estudio "estéril de por sí, difuso por demas y aun peligroso á la razon con el obstinado ergo acerca de lo que está sobre su esfera." Si hai un estudio vasto por su estension, complicado por las materias que abraza, y que ménos se preste al método que se desea, es la Teolojia, tanto mas, cuanto que hasta ahora no tenemos una obra didáctica de este jénero que se adopte al gusto de todos, y la redaccion de un curso completo que nada deje que desear es cosa mas difícil de lo que se piensa y exige discernimiento, meditacion y tiempo, de que yo he carecido, como es notorio á todos los que han observado de cerca las circunstancias del Seminario. No obstante esto, el estudio de la clase ha merecido la aprobacion de varios sujetos inteligentes en la materia, que presenciaron los exámenes de los alumnos Teólogos, y cuyo voto merece respeto, los que nada tuvieron que corregir, á pesar de las reiteradas súplicas que les hice para que me advirtiesen los defectos. Si VV. se tomasen el trabajo de comparar el programa con la obra adoptada para la enseñanza, lejos de encontrar prolijidad y difusion, quizá notarian demasiada concision y laconismo.

Tienen VV. fundamento para decir que es temerario sujetar á la razon lo que es superior á ella; pero se equivocan en creer que con el "obs-

tinado ergo" se pretende hacer pasar por la alquitara de la demostracion los misterios revelados. En Teolojia no puede ni debe exigirse una demostracion matemática ó filosófica de las verdades sobrenaturales; pero como el obsequio que prestamos á la fé es racional; por esto la ciencia demuestra con hechos y testimonios que las tales verdades, en efecto, han sido reveladas por Dios, segun las explica la iglesia católica, única depositaria de la verdadera doctrina. Las cuestiones que se proponen en Teolojia Dogmática tienen por objeto desvanecer las cavilaciones de los herejes, disipar las nubes de la sofisteria con que muchas veces se ha procurado alterar el dogma católico, y rebatir las falsas y erróneas esplicaciones que de él han dado los Heterodoxos, fundándose, al parecer, en la misma palabra de Dios consignada en las Santas Escrituras.

Estoi mui distante de aprobar las ritualidades ridículas de un escolasticismo riguroso, que escluye todo otro jénero de argumentacion, porque esto mas bien contribuye á embrollar y oscurecer las cuestiones que á esclarecerlas y dilucidarlas; pero creo que el silojismo usado con moderacion y tino sirve para ejercitar el discurso de los alumnos, y reducir muchas veces á términos precisos cuestiones que de otra manera se harian interminables. Por otra parte, las obras clásicas de Teolojia estan escritas en el método silojístico, y es necesario que se familiarizen con él los jóvenes para que las entiendan mas facilmente. Muchos tambien de los antiguos herejes defendieron sus errores con sutilezas que adornaban con los atavios deslumbradores que les prestaba el abuso que hacian del escolasticismo, y es necesario hacer palpar las sendas tortuosas del engaño para que mas resalte el brillo de la verdad. Esto es solo lo que se ha practicado en la clase de Teolojia del Seminario, y durante los dos años que he tenido la honra de dirigirla, siempre en ella se ha explicado y discutido en castellano, haciendo apenas uso del silojismo latino.

Mucho mas podria agregarse, pero lo dicho creo suficiente para dar á VV. alguna idea del método que se observa en la enseñanza de la Teolojia. Conozco que su estudio carece de muchos de los atractivos que ofrecen las ciencias naturales, y que hasta cierto punto es espinoso, y si se quiere estéril, para la juventud que todavia no está familiarizada con profundas meditaciones; por lo que necesita ser fecundizado con el riego de elocuencia y erudicion sagrada de un sábio Teólogo, entre los que no puedo contarme; sin embargo puedo asegurar á VV. que deseo hacer lo mejor, y que talvez lo único que me desagrada en el desempeño de mi clase es no poder hacer mas.

Para satisfaccion de VV. advierto de paso que aun cuando en el programa no aparece clase superior de idioma patrio, se hallaba planteada en el establecimiento desde pocos meses ántes de la conclusion del año, bien es que desgraciadamente tuvo que suspender sus trabajos por la dilatada enfermedad del profesor.

Concluyo, SS. EE., dando á VV. las debidas gracias por la parte que me cabe en los aplausos que al final del artículo tributan á los profesores del Seminario, y suscribiendome de VV. S. S. — J. M. O. *plavariella*